



La escritura en el tratamiento del goce.

Una posibilidad para el sujeto.

Trabajo Integrador Final.

Alumna: Steinmann, Candela
candelasteinmann@gmail.com

Directora: Garbet, Antonela

Evaluator: Bracco, Anabela

Índice

Introducción.....	p. 3
Objetivos Generales.....	p. 5
Objetivos Específicos.....	p. 5
Metodología	p. 6
Estado del Arte.....	p. 6
Marco Teórico.....	p. 17
Lo escrito y la escritura: de la palabra como vínculo al no hay relación sexual.....	p. 18
La escritura en la palabra, escritura del Inconsciente.....	p. 21
El goce en la palabra.....	p. 23
La palabra sobre el cuerpo.....	p. 27
Hacia las conclusiones. La escritura como operación subjetivante.....	p. 30
Bibliografía.....	p.33

Introducción

La confección del presente trabajo tiene algo de lo que Jacques Lacan denominara con el juego de palabras *poubellication*, neologismo de su invención que reúne en sí mismo dos términos: *poubelle* (basura, desperdicio) y *publication* (publicación). Pretende entonces tomar la experiencia propia en el ámbito de la Extensión Universitaria, las escenas ocurridas en un espacio de taller que bien podrían haber pasado de largo como una mera sumatoria de anécdotas, o haber ido a parar a la basura del no registro, de no haber sido por la operación de rescate y de extracción que la lectura de esas escenas puso a jugar allí despertando una pregunta. Un interrogante que luego se transformó en tarea de investigación y que finalmente encuentra hoy su publicación bajo la forma de este Trabajo Integrador Final (TIF) que como su nombre indica, representa el tiempo de concluir de estos años transitados por la Licenciatura en Psicología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

El tema que abordaré en esta oportunidad, entonces, surge de aquella experiencia realizada en el pasaje por distintas instituciones carcelarias en las que mayormente he venido desarrollando mi tarea como extensionista, contexto este en el que la pregunta acerca de los aportes o contribuciones que el psicoanálisis puede hacer a las instituciones, y sobre sus posibles intersecciones con el campo de lo social en general, siempre se renueva.

Hasta fines del año 2021 formé parte del Programa “Palabras que abren puertas” perteneciente a la Facultad de Psicología, dispositivo de inspiración psicoanalítica que todos los años oferta talleres organizados en tres ciclos de Escritura, Lectura y Crónicas, en distintas instituciones públicas, carcelarias y por fuera también de este ámbito, constituyendo así un espacio de formación y de acercamiento a la comunidad. En particular, a partir de algunos textos producidos por los participantes del taller de escritura, como también de conversaciones que tenían lugar allí, y que acompañaban el proceso mismo de escribir, advertí que en varios

de estos relatos, se repetían las escenas de violencia como solución y/o manifestación frente a los conflictos y obstáculos de la vida diaria. Observé particularmente el caso de algunos escritos en donde la violencia era relatada de forma más bien cruda, sin velos, y en otros, donde la misma era más o menos tamizada. También los casos de quienes elegían no plasmarla en la escritura directa en el papel, pero sí en los relatos orales que acompañaban muchas veces los encuentros del taller. En todos los casos, dichos escritos ilustraban un estilo y una historia de vida de cada sujeto donde las violencias de todo tipo estaban presentes.

Como resultado de estos encuentros y de las historias que allí circulaban comencé, entonces, a interesarme por el fenómeno de la violencia en la época, como expresión de la ruptura del lazo social que deja al sujeto a merced de sus pulsiones.

En la época, marcada por la lógica del empuje a gozar como imperativo superyoico, y frente a la caída de las grandes autoridades simbólicas, caracterizada además por el declive del Nombre del Padre como semblante que opera velando ese real imposible de simbolizar, es factible aventurar al menos una hipótesis: el fenómeno de la violencia se presenta, en nuestros días, como la puesta en acto de la pulsión de muerte, del goce desmedido y liberado de algún ordenamiento simbólico posible, capaz de oficiar de borde para el sujeto.

Con la certeza de que allí donde falta la palabra, lo que emerge es la violencia y sus desplazamientos, comencé a preguntarme acerca de la escritura y sus posibilidades para el abordaje del goce. Si en la actualidad vemos que el sujeto está cada vez más cerca del pasaje al acto violento, comandado por el empuje a gozar, que lo conduce una y otra vez por los caminos de la pulsión de muerte, entonces, ¿qué política posible puede presentar el psicoanálisis frente a lo que del goce resulta ineliminable y resistente a su domesticación? En este sentido, ¿puede la escritura hacer de borde, de límite frente al pasaje al acto violento, operando como tratamiento al goce que arrasa al sujeto? Tal es el interrogante que me propongo explorar en el presente trabajo, así como también precisar de qué tipo de escritura se trata cuando hablamos de tratamiento del goce, y sus posibles efectos en el ser hablante.

Objetivos del presente TIF

Objetivos generales:

- Indagar, desde una perspectiva psicoanalítica, el modo en que la escritura permite localizar el goce en el ser hablante.

Objetivos específicos:

- Rastrear los aportes que el campo del Psicoanálisis ha producido en relación al término de violencia.
- Delimitar el concepto de goce que formula Jacques Lacan en su última enseñanza, a partir de la década del '70.
- Profundizar sobre el concepto de síntoma para el Psicoanálisis, tomando los desarrollos teóricos de Sigmund Freud y Jacques Lacan acerca del tema.
- Circunscribir la distinción paradigmática entre la palabra en su relación a la estructura del lenguaje y la palabra como vehículo de goce que se desprende de la lectura del segundo (década de 1950) y tercer momento (década de 1970) de la enseñanza lacaniana.

Metodología

El presente trabajo monográfico constituye un trabajo de articulación teórica y de exploración bibliográfica que tiene como marco referencial al Psicoanálisis. Reúne así el aporte de sus principales exponentes (Freud, Lacan, Miller) para el abordaje de conceptos fundamentales del Psicoanálisis, así como también se nutre de fuentes secundarias a fin de contribuir a una más favorable explicación y articulación conceptual.

Estado del Arte

El psicoanálisis ha dado lugar a una próspera producción de conceptos y términos que constituyen instrumentos teóricos valiosos a la hora de analizar el campo de lo social, y los fenómenos que tienen lugar en él, en sus diversos modos de expresión. A diferencia de otras disciplinas, como la psicología o la sociología, el psicoanálisis trabaja orientado hacia lo real, más allá de los límites que estos discursos encuentran para situar dichos fenómenos. En tal sentido, la violencia se incluye dentro de estas presentaciones propias de la sociedad contemporánea y, como tal, impone la necesidad de una lectura psicoanalítica capaz de aportar una mirada renovada sobre el asunto.

La violencia se enmarca en una civilización cuyo discurso se encuentra regido por el objeto, por un plus de gozar que funciona como imperativo superyoico, empujando al sujeto de la época a la satisfacción inmediata y sin límites, siguiendo el modelo de consumo voraz propio del sistema capitalista. Empuje de goce que logra penetrar en el otro, apropiándose de sus objetos, de su cuerpo, e incluso de su vida. Así, los ideales y los semblantes de la ley del Padre que en otra época operaban ordenando la renuncia al goce, hoy han devenido infructuosos. La modalidad de goce actual ya no responde a la lógica de la castración ni al Nombre del Padre

como significativo amo (S1) que instaura la ley y la prohibición del incesto, enmarcando el goce desmedido por la vía de lo simbólico (Bracco, Garbet, Soliani, Zanghellini & Sanchez, 2018, p. 48). Por el contrario, su declinación y el ascenso del objeto a al cenit social han contribuido a la caída de los ideales, los cuales permitían atemperar la agresividad inherente al ser humano, velar lo mortífero que habita en nosotros bajo las fuerzas de Tánatos, esto es, el malestar en la cultura que Freud supo leer en su tiempo.

Como resultado, las pasiones individuales se inmiscuyen en los ideales sociales de las sociedades democráticas, dando lugar a formas de individualismo extremo donde es posible gozar de todo cuanto queramos y como queramos. Esta modalidad de goce rompe los lazos entre el sujeto y su semejante, entre el sujeto y el Otro. Cuando el goce no pasa por el Otro del Inconsciente queda allanado el camino hacia el ejercicio de la violencia, y quien la ejerce encuentra rápidamente la satisfacción a través de ella (Bracco et al., 2018, p. 45).

En línea con ello, Marisa Morao (2018) ubica al fenómeno de la violencia como parte de los síntomas sociales actuales, en la medida en que representa la ruptura del lazo social mismo. Parafraseando a Lacan en "La Tercera" (1974), la autora nos señala que el sujeto en la época es, por un lado, un individuo, es decir, vale por sí mismo como mercancía, por su fuerza de trabajo expropiada por el capital; lo cual lo convierte, a su vez, en un proletario, en tanto configura el desecho, el resultado de la operación capitalista. Podría decirse, entonces, que el discurso capitalista no es en realidad tal, dado que no promueve el lazo social, sino que tiende a destruirlo. El individuo proletario no tiene entonces un significativo con el cual representarse y enlazarse sino que, por el contrario, carece de discurso con el cual hacer semblante.

De esta manera, la violencia como presentación actual se ubica en los márgenes del discurso, allí donde la palabra no termina de tomar su eficacia y dimite, dejando al sujeto a las puertas de lo que, en la clínica psicoanalítica, llamamos acting out y pasaje al acto. Así, el acto violento queda excluido de la lógica de la articulación significativa, de lo simbólico, y es por ello mismo que marca una ruptura del lazo, un impasse del semblante.

Dando un paso mas en este sentido, la violencia enclavada como tal en las antípodas de la palabra, no sucumbe entonces a la operatoria de la represión, en tanto no puede ser reprimido aquello que no ha accedido a la estructura del lenguaje, es decir, a la lógica de la cadena significante. Es por ello que cuando el cuerpo se ve afectado por la emergencia de intensas pasiones, sumado a la carencia o al ineficaz funcionamiento de los elementos de la estructura que permitirían atemperarlas, lo que sucede finalmente es la irrupción abrupta de la pulsión de muerte, sin el velo de las ficciones que aportaría lo simbólico. De allí la estrecha relación que guardan entre sí la violencia y la pulsión de muerte.

En este punto resultará conveniente detenernos a realizar una distinción conceptual no menor, en tanto permitirá esclarecer y diferenciar términos que pueden ser confundidos o tomados por equivalentes: por un lado, la violencia a la que hemos hecho referencia hasta aquí y su diferenciación respecto al término de agresividad al que alude Lacan (1948), término que podríamos marcar como estructural para el ser hablante y perteneciente al registro de lo Imaginario. La agresividad surge en tiempos constitutivos del sujeto, correlativa a la formación del yo, enlazada a la función del Estadio del Espejo y al fenómeno del transivismo infantil, momento en el que se produce la identificación del yo con la imago del semejante, y en el que tienen lugar la construcción del narcisismo y la aparición de los celos primordiales respecto del otro. *“Es este momento el que hace volcarse decisivamente todo el saber humano en la mediatización por el deseo del otro, constituye sus objetos en una equivalencia abstracta por la rivalidad del prójimo”* (Lacan, J., 1949, p. 104).

Si bien la agresividad tiene una función constituyente, es esperable que esta pueda ser trascendida una vez atravesado el complejo de Edipo e instaurada la función pacificante del Ideal del yo, aunque esta modalidad nunca sea abandonada del todo (Bracco et al., 2018, p. 48) . A menudo, ocurre que las relaciones interpersonales aparecen igualmente signadas por vínculos de rivalidad, competencia, celos, que se dirigen hacia el semejante y dejan en

evidencia la tensión agresiva presente. En estos casos, el cuerpo se ubica como imagen especular, como cuerpo imaginario, en el eje a- a'.

En otras palabras, lo que está en juego allí es el deseo por el objeto de deseo del Otro y esto, como veremos, tiene su origen y correlato en el Estadio del Espejo formulado por Lacan. En un primer tiempo tenemos, por un lado, el ejercicio gozoso del cuerpo del niño, un cuerpo que goza de sí mismo y que se satisface en sus movimientos, tocándose o chupándose. Pero, a la vez, esa experiencia sobre el cuerpo convive con el sufrimiento derivado del propio estado de prematuración en el que se encuentra el cachorro humano, es decir, su invalidez e incapacidad de alimentarse por sí mismo (a diferencia de lo que ocurre con las demás especies animales), sumado a la fragmentación corporal constatada en sus movimientos incontrolados y descoordinados. No obstante, entre el primero y el segundo año de vida, el niño descubre finalmente su imagen en el espejo y despierta en él una respuesta de júbilo (Lacan, J., 1948, pp. 117-118). Frente a la distancia existente entre la gestalt que le devuelve el espejo y las facultades reales de su cuerpo, el niño se dirige al Otro con la mirada y es el Otro quien (en el mejor de los casos) sanciona, responde confirmando su identidad con la imagen. Se necesita del andamiaje simbólico del espejo y del Otro para que el niño logre identificarse con aquella imagen plana y pueda decir “ese soy yo”. En un segundo tiempo, entonces, la imagen surge como soporte que civiliza el goce del cuerpo, enmarcándolo y limitándolo. Sin embargo, esta función de marco y de contención de la imagen que funda al yo y permite, al mismo tiempo, la unificación y la constitución del cuerpo propio, a menudo falla o resulta insuficiente. Esto se comprueba, por ejemplo, en los actos fallidos en los que el cuerpo hace de las suyas pese a la voluntad del yo, quedando demostrada que la creencia de que disponemos de nuestro propio cuerpo no es más que una ilusión. Así, se pone de manifiesto que el cuerpo y el yo son dos, no hay unidad. El cuerpo es Otro, tal como lo enuncia Lacan al final de su enseñanza. El Otro es el cuerpo que nunca me pertenece del todo (Brodsky, G., 2015).

A través de esta operatoria, el cuerpo adquiere el estatuto de Otro, en la medida en que es del Otro del cual el sujeto se sirve para su constitución. El término de extimidad permite aludir a ello: en lo más íntimo del sujeto subyace el Otro. De este planteo se sigue que en las presentaciones violentas en las que se ataca al cuerpo del Otro o al propio, lo que se intenta eliminar es en realidad lo más íntimo del Otro, su goce. Lo que no se soporta del Otro no es tanto la imagen, sino el cuerpo en su estatuto de goce, es decir, el goce del viviente (Morao, M., 2018, p. 60).

Los fenómenos de asimilación social como los denomina Lacan (1950), pueden ofrecernos otra pista orientadora en este intento por circunscribir la violencia y sus presentaciones. En ellos el sujeto de la época pierde todo rasgo de singularidad, de diferenciación con el otro, sumergido en un sistema que ordena para todos determinados modos y objetos de goce como fue dicho anteriormente, conduciendo a un estado de indiferenciación generalizada en las formas de gozar y llevando también al pegoteo imaginario. La identificación alienante puesta en juego en estos fenómenos arrasa con lo singular de cada uno, con el goce propio, aunando a todos en una masa unificada de individuos (p. 146). En la mismidad, el goce de cada quien no cuenta por sí mismo sino que adquiere la forma del sin sentido y, como consecuencia, aparecen la agresión, los actos violentos, como intentos desesperados por separarse del otro, por poner distancia entre los cuerpos, para dar lugar al sujeto, al goce que lo hace único.

La ética del síntoma que promueve el psicoanálisis se vuelve entonces necesaria y vía posible para la restitución del sujeto en una posición subjetiva de goce correlativa, a su vez, con su deseo. Intentaremos avanzar ahora sobre la definición de síntoma para el psicoanálisis, tomando como punto de partida a Freud, para luego seguir el recorrido por los aportes de Lacan respecto al tema y la lectura que de ellos realiza Jacques-Alain Miller. Estas puntualizaciones serán la base que nos permitirá indagar, más adelante, sobre los nexos que

la escritura guarda con el síntoma, en tanto lo que el síntoma escribe, y la relación de la escritura con el goce.

Pocos años antes de 1920, en “Los caminos de la formación de síntoma” (1916-1917), Freud ya había comenzado a advertir que, tras su eliminación en el análisis por la vía del desciframiento de sentido, los síntomas persistían o incluso volvían a formarse unos nuevos. Estas características del síntoma, su resistencia y, por lo tanto también, su repetición, lo llevarán a Freud a conceptualizarlo como una formación de compromiso, resultado del conflicto entre dos fuerzas contrapuestas que coinciden en él: el retorno de lo reprimido (es decir, la moción pulsional que retorna desde lo reprimido) y la represión propiamente dicha que emana desde el yo. El camino para la formación de síntomas se inicia entonces con la libido insatisfecha que, de acuerdo a la máxima del Principio de Placer que rige y regula el funcionamiento del aparato psíquico, deberá encontrar en la realidad externa el objeto que le pueda procurar satisfacción. No obstante, si la libido es rechazada por la realidad, sea por su inadecuación a la misma o por no hallar el objeto indicado, deberá emprender el camino de la regresión hacia antiguas fijaciones reprimidas y alojadas en el inconsciente, es decir, modalidades de satisfacción pulsional infantiles que la libido debió resignar a lo largo de su desarrollo por ser intolerables para el yo. Por esta vía, la libido reencontrará allí el placer que le fue denegado en el exterior (p.327).

Luego Freud añadirá un eslabón más en el camino hacia la formación de síntomas, incluyendo a la fantasía como aquella actividad del alma por la cual la libido puede encontrar una vía de descarga, ya que en ella sobreviven retoños de los objetos pulsionales resignados, retenidos en las representaciones de la fantasía. La introversión de la libido a la fantasía, le permitirá hallar el camino regresivo desde allí hasta cada fijación reprimida. Estas fantasías serán bien toleradas por el yo siempre y cuando la investidura libidinal que las reviste no se eleve demasiado, lo que sería motivo de conflictos entre ellas y el yo, dando lugar a la intervención de la represión y a la consecuente formación de síntomas. Queda claro entonces

que lo que determina la formación de síntomas para Freud aquí es un factor meramente cuantitativo, desde un punto de vista económico del psiquismo (Freud, S., 1916-1917, pp. 340-341).

Podría decirse, entonces, que los puntos de fijación constituyen inscripciones imborrables de un primer encuentro con el goce, con la satisfacción pulsional, y es por ello que los síntomas son tan resistentes, debido a que repiten modalidades de satisfacción tempranas, aunque desfiguradas por obra de la censura que surge a partir del conflicto psíquico entre instancias. La representación de la moción pulsional se encuentra también reprimida en el Inconsciente y como tal está sometida a los mecanismos propios del proceso primario (condensación, desplazamiento, etc.), como ocurre con el sueño. Cuando la libido regresiva inviste estas viejas posiciones, la representación de la libido desfigurada se abre paso a la conciencia, sorteando la represión y evitando así el conflicto con el yo. Es en este punto que Freud llega a decir que el síntoma es una forma de cumplimiento de deseo libidinoso, inconsciente y desfigurado (Freud, S., 1916-1917, p.328).

Recapitulando hasta aquí, encontramos en Freud una doble dimensión en todo síntoma: ser un mensaje cifrado, inconsciente, cuyo significado puede ser descubierto a través de la interpretación analítica, al mismo tiempo que una satisfacción pulsional sustitutiva que se repite, luego de haber quedado fijada una satisfacción. De este modo, si el síntoma es un retorno de lo reprimido que se produce en el lugar de la fijación, tenemos una articulación entre la significación (inconsciente) y lo libidinal en juego.

Desde los textos de 1920 en adelante, encontramos en Freud un énfasis mayor sobre la dimensión pulsional del síntoma, a partir de sus elaboraciones sobre la pulsión de muerte, ligada a la noción de un Más Allá del Principio de Placer, que descubre a partir de lo que llama la reacción terapéutica negativa, y a sus desarrollos sobre el masoquismo, el superyó y la formalización de la segunda tópica en su conjunto. Estos aportes respecto al síntoma no desconocen ni minimizan en modo alguno la importancia de aquel como verdad inconsciente.

En *Leer un síntoma* (2011), Miller identifica lo que llamará las dos caras o costados del síntoma, una de verdad y otra de real. La primera, como dijimos anteriormente, ligada a un primer tiempo en la conceptualización del síntoma freudiano, como efecto de verdad, el tiempo del síntoma interpretable y del desciframiento de un sentido oculto. Pero en un segundo tiempo, Freud mismo advierte el otro costado del síntoma, aquel que resiste aún después de su interpretación en el análisis, en donde lo que pareciera insistir es la exigencia de la intensidad pulsional.

Ya en "Inhibición, síntoma y angustia" (1926), el interés de Freud está puesto fundamentalmente en las satisfacciones pulsionales, cuando estas no se prestan fácilmente a abandonar una repetición compulsiva. El síntoma adquiere aquí el carácter de ser una formación sustitutiva de una moción pulsional interceptada por el accionar represivo comandado por el yo, capaz de ligar la energía psíquica que de no ser así encontraría su descarga como angustia. De tal modo que el síntoma se constituye para evitar un desarrollo de angustia mayor (p. 136). En este texto, Freud concibe a la angustia como un estado afectivo que se distingue por una cualidad displacentera particular que tiene, a su vez, un correlato en el cuerpo, es decir, que lo afecta directamente y que es acompañado por procesos de descarga. Como vemos, el motor de la angustia es el incremento de la excitación pulsional al interior del aparato psíquico que es lo que produce el estado displacentero del cual se quiere escapar mediante su descarga. ¿Pero qué es lo que produce el incremento del estímulo? Freud señala al respecto que la angustia es la reproducción de una particular vivencia: el trauma del nacimiento. Tiempos primordiales en los que el niño que depende de la madre para satisfacer sus necesidades nutricias y de cuidados, valora como "peligro" el estado de insatisfacción que produce un gran aumento de la tensión de la necesidad, frente a la cual se halla desvalido (Freud, S., 1926, pp. 129-130). De allí que para Freud lo pulsional sea entendido como exigencia de satisfacción, la cual constituye un peligro interno para el yo. Peligro que se

presenta cada vez que se repite, o amenaza con repetirse, una situación análoga en la que pudieran verse incrementados los montos de excitación.

Una amenaza de tal tipo representa el retorno de lo reprimido proveniente del ello frente al cual el yo, por encargo del superyo y con la ayuda del Principio de Placer, pone en marcha el proceso represivo que impide el acceso a la consciencia de la representación de la moción pulsional desagradable. Para ello, el yo extrae la investidura de dicha representación y con ella emite una acotada medida de angustia generando así cierta suma de displacer que es interpretada como señal de un peligro inminente, frente al cual el mecanismo de la represión actúa desalojando la moción displacentera (Freud, S., 1926, pp.87-89)

De este modo se engendra el síntoma, como reemplazo del proceso pulsional modificado, ofreciendo a la pulsión “otra satisfacción”. Sin embargo, esta otra satisfacción a través del síntoma, no es sin cierta cuota de sufrimiento, que el síntoma mismo en su manifestación y repetición conlleva. Se trata de una satisfacción anómala, paradójica, en la medida en que se presenta ella misma como displacentera (Miller, J.A., 2008, p.82). Es el caso de los cuantiosos rituales en la neurosis obsesiva, por poner un ejemplo, donde al mismo tiempo que la moción pulsional encuentra su tramitación, el yo del obsesivo se ve cada vez más restringido en sus funciones y acciones.

Freud advierte sobre esta insistencia de la pulsión incesante cuando explica que si la situación de peligro se alterara por alguna razón, el yo carecería entonces de la señal que le permitiría defenderse de una moción pulsional nueva, análoga a la reprimida. Con lo cual termina diciendo que “*El nuevo decurso pulsional se consume bajo el influjo del automatismo —preferiría decir de la compulsión de repetición—*” (Freud, S., 1926- p. 144). En otras palabras, la moción pulsional recorre el mismo camino que la anteriormente reprimida, como si aún subsistiera la situación de peligro.

Por su parte, Lacan retomará esta vertiente paradójica y resistente del síntoma en su última enseñanza, aproximadamente a partir de la década del 70, momento en el cual se

vislumbra una marcada orientación hacia lo real, sobre la cual erigirá su concepto de goce. Ello ocurrirá luego de todo un período previo marcado por el imperio de lo simbólico, en el que el síntoma aparece ligado fuertemente al sentido y en relación al Inconsciente estructurado como un lenguaje. En su “Informe de Roma” (1953), Lacan propone una doctrina del síntoma al que equipara a la metáfora por su estructura de lenguaje y de palabra y, en un marcado retorno a Freud, llega a decir que el síntoma es el significante de un significado reprimido de la consciencia del sujeto. Con lo cual, el tratamiento para su eliminación se relacionaba fundamentalmente con el desciframiento, que consistía en liberar los significados ocultos y desfigurados por el trabajo de la defensa (Miller, J.A., 2008, pp. 75-77).

Más tarde Lacan avanzará sobre la cuestión del *displacer*, del *Unlust*, inherente al síntoma y coincidirá con Freud en que la pulsión misma es lo realmente peligroso para el yo, en tanto contradice el Principio de Placer, y en la medida en que lo que exige no es satisfacción placentera, sino que se trata de un plus de gozar. A diferencia de lo que para Freud era la represión de la moción pulsional por parte de la organización yoica, Lacan ubica a la estructura del lenguaje, al *A* mayúscula como instancia capaz de reprimir, de acotar el goce. Sin embargo, reconoce también que la represión no resulta suficientemente efectiva para lograr acallar la exigencia de la pulsión. Hay una parte que no puede ser anulada, que subsiste por fuera de los esfuerzos represores del yo y que conserva su exigencia. Es lo que Lacan indicó con las pequeñas *a* minúsculas, para señalar lo que constituye el núcleo del síntoma, lo que en él no es del orden significante y persiste como resto más allá del yo, por fuera de él (Miller, J.A., 2008, pp. 87-89). En otras palabras, allí donde Freud veía el fin de análisis, aún cuando más tarde hubiera de retomarse debido a los restos sintomáticos que subsistían en él, de lo que se trataba, en realidad, era del choque con lo que Lacan dio en llamar lo real del síntoma, lo que en él está fuera de sentido (Miller, J.A., 2011).

De igual modo, cuando Lacan se preguntaba en el *Seminario XI* por la cuestión del fin de análisis, lo que para él constituye haber pasado por la experiencia de atravesamiento del

fantasma fundamental del sujeto, lo que subyace a su pregunta tiene que ver, en realidad, con la posibilidad de vivir la pulsión sin el síntoma. La respuesta a ello es que no hay pulsión sin síntoma, es un imposible, en tanto el curso natural de la pulsión conduce indefectiblemente, una y otra vez, hacia la producción sintomática. Podría decirse que la producción de síntomas no es del orden de lo contingente, es decir, no es por accidente que estos se producen, sino que pertenecen al registro de la necesidad (Miller, J.A.,2008, p. 88-89). El síntoma, entonces, aparece allí como algo del orden de lo necesario que se escribe sobre lo imposible, lo que en él está fuera de sentido.

Hacia el final de la enseñanza de Lacan asistimos, entonces, al pasaje del síntoma concebido como metáfora del Inconsciente a la lógica fundamental del Sinthome. Aquí el síntoma es la letra que se escribe sobre el cuerpo del ser hablante, dejando la huella de un goce primero, traumatismo de *lalengua* que da lugar al acontecimiento-cuerpo. Lo que retorna e insiste en los ya mencionados restos sintomáticos, no son más que estas primeras marcas de goce, primeros trazos de una letra que en su inscripción atestigua el impacto que la lengua materna ha tenido sobre el cuerpo fijando una modalidad de goce (Solimano, M. L., 2017, pp. 60-61). A continuación profundizaremos sobre este asunto, no sin antes realizar un breve recorrido sobre el concepto de goce desde una mirada lacaniana.

Marco teórico

En una serie de conferencias dictadas en Nueva York, reunidas y publicadas en *El lenguaje, aparato del goce* (2000), Jacques-Alain Miller dedica un capítulo entero a ordenar y formular los distintos “paradigmas del goce” tal como se fueron sucediendo a lo largo de la enseñanza lacaniana. De forma simplificada pero no menos exhaustiva, el autor realiza un recorrido progresivo en el que va describiendo tales paradigmas donde vemos asomar con toda su fuerza la enseñanza de Lacan respecto a la doctrina del goce; comenzando por el goce imaginario, y siguiendo por la significantización del goce, el goce imposible, el goce fragmentado y el goce discursivo, hasta llegar a la no relación sexual. Sobre este último me detendré especialmente.

Tomado del *Seminario Aún*, dictado en los primeros años de la década del 70, el paradigma de la *no relación* produce una revisión de los conceptos y un viraje fundamental en su enseñanza respecto a todo el recorrido previo. Alejándose del estructuralismo, Lacan comienza a cuestionar la primacía que el significante ha tenido en relación al goce durante toda su obra, para operar una inversión a partir de la cual el lenguaje y su estructura, que hasta este momento eran considerados como dato primario, sean tratados como secundarios y derivados respecto de lo que dió en llamar *lalengua*, que es la palabra anterior a su ordenamiento gramatical y lexicográfico, en disyunción con la estructura del lenguaje.

Si en los años '50 el punto de partida era el lenguaje y la palabra como comunicación dirigida al Otro, con el paradigma de la *no relación*, Lacan pondrá en primer lugar al goce y con ello dará un estatuto diferente a la palabra (Miller, J. A., 2000, pp.172).

A continuación, intentaré situar las distintas vertientes que la palabra adquiere para Lacan, antes de la formulación del paradigma de la *no relación*, y luego con él: de la palabra en su relación con el lenguaje a la palabra como vehículo de goce.

Lo escrito y la escritura.

De la palabra como vínculo al no hay relación sexual

A la altura de “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” (1953), la palabra estaba ligada exclusivamente al orden simbólico, enmarcada en el campo del lenguaje. Su valor, más allá de la comunicación como información unívoca, consistía para Lacan en su capacidad para evocar, vía la resonancia, haciendo escuchar lo que no dice. El poder de evocación de la palabra radica en su estar dirigida al Otro, lo que implica ya la búsqueda de una referencia. Dicho de otro modo, la palabra es aquí la espera de la respuesta del Otro, pero también la pregunta que constituye al ser del sujeto. Todo ello, si entendemos que la referencia evocada por la resonancia de la palabra, no es otra cosa que la emergencia del sujeto del Inconsciente (Miller, J. A., 2012, pp. 134).

La búsqueda de la referencia como condición estructural del lenguaje, se inserta entonces en la lógica de la conjunción significante, que supone el encuentro de un S1 y un S2, mínimo estructural necesario para hacer consistir lo que llamamos la *relación*, y que hemos conocido con Lacan bajo la forma de la articulación, a la que se le atribuye la cualidad de lo necesario, esto es, lo que se presenta como no cesando de escribirse (Miller, J. A., 2000, pp.174).

Sin embargo, esta articulación que pone en relación a, al menos, dos significantes entre sí, no es algo que vaya de suyo. Así lo expresa Lacan en su *Seminario XX*, cuando a propósito de intentar precisar la función que lo escrito (vale decir, la escritura de las letras) tiene en el discurso analítico, postula que este pertenece a un registro diferente al del significante. La dimensión del significante no va de suyo justamente porque es algo que se introduce a partir de la lingüística, sustentada a su vez en un tipo de discurso: el discurso científico. Lo que la lingüística instituye es una disociación fundamental en la palabra que funda la distinción entre

dos dimensiones distintas que conviven en ella: la del significante y la del significado. Dimensiones que, en el habla misma, parecen ir juntas “(...) y es que cuando se habla, eso significa, conlleva el significado (...)” (Lacan, 1972-1973, p. 40). Pero, la cuestión central que introduce esta división radica en el hecho de que lo que se oye no tiene relación alguna con lo que significa. Significado y significante no tienen, en realidad, ninguna relación. Lo que se escucha, lo que se presta a los oídos, corresponde al significante. Por su parte, el significado, no es algo que tenga que ver con la audición, sino que implica una operación de lectura sobre lo que se escucha del significante. Decanta así como efecto, como producto, del significante (Lacan, 1972-1973, p.45).

El discurso analítico precisamente consiste en ello, darle una lectura diferente de lo que significa a lo que se ha escuchado como significante. Allí interviene necesariamente la interpretación analítica estableciendo dicha distancia entre el escuchar y el decir, entre el escribir y el leer. Lo que se enuncia en lo que se escucha, lo que se lee en lo que se escribe, dependerán de la interpretación, en la medida en que esta, si da en el punto, produce la separación del significante y el significado. En ese entre se ubica la interpretación (Miller, J. A., 2012, p.121). En ello radica su función, equivocar el sentido para generar la separación de lo que en el discurso del analizante se presenta como junto, coagulado, y para producir también una apertura, un agujero en el saber.

Inevitablemente, comienza a anticiparse ya en esta disyunción entre elementos significantes, que aparentan sin embargo estar conectados, la emergencia de lo que Lacan enuncia como *no hay relación sexual*. Todos los conceptos que aseguraban la conjunción, dice Miller, quedan reducidos a ser meros conectores, perdiendo así el lugar primordial que supieron tener en la enseñanza lacaniana. A partir del *Seminario XX*, aquellos términos que eran del orden de lo estructural (el lenguaje, el anterior concepto de palabra como comunicación, el falo, el Otro, la metáfora paterna, el Nombre del Padre, etc.) pasan a ser designados por Lacan

como semblantes y a estar ligados exclusivamente a la función de broche entre elementos en disyunción (Miller, J. A., 2000, pp.172-173).

De aquí que la ilusión respecto a la relación sexual que no hay, solo pueda sostenerse en la función semblante del discurso, haciendo andar de todas formas lo que en realidad no anda. En palabras de Lacan: *“el significante como tal no se refiere a nada que no sea un discurso, es decir, un modo de funcionamiento, una utilización del lenguaje como vínculo”* (Lacan, 1972-1973, p. 41).

Lo ejemplifican toda una serie de convenciones, prohibiciones e inhibiciones que son efecto del lenguaje y que circulan en el discurso para intentar asegurar lo que llamamos la colectividad, la relación entre hombres y mujeres. Relación que, a pesar de ser imposible, funciona precisamente cuando se ordena en un discurso. Por sí solos, los elementos de esa colectividad de la que habla Lacan, no son otra cosa que significantes (Lacan, J., 1972-1973, p. 44).

La dimensión de lo escrito se ubicará entonces en lo que el discurso mismo ordena, vía la escritura de sus letras en los distintos sitios que el discurso establece, por debajo y por encima de la barra, intentando asir lo inasible que es la relación sexual. Lo escrito, nos dice Lacan, se sustenta con un discurso (Lacan, J., 1972-1973, p. 46). Todo lo que está escrito allí, todo lo que el discurso escribe en su propio funcionamiento, los semblantes que produce, no tienen otra función que velar lo que, paradójicamente, no hay. La escritura se constituye así como efecto de discurso, aquello que escribe, aún, sobre lo imposible de escribir.

Lo escrito no se constituye sino por su referencia al lenguaje, pero no es el lenguaje mismo. La lógica, cualquier demostración matemática, un grafo, etc. son todas ellas escrituras que se constituyen a partir de lo escrito, en la medida en que lo escrito no es otra cosa que la huella de un efecto del lenguaje, de algo que ha caído de la palabra. Su particularidad en tanto escritura lógica, escritura de discurso, es ser algo de lo que se puede hablar (Veken, C., 2015, pp. 204-205).

A partir de aquí se vuelve posible comenzar a desandar ese otro camino que se abre con el paradigma de la *no relación* y que es el del significante suelto, separado, del significado. Nos encontramos entonces en el terreno de la *lalengua*, de la palabra anterior a toda articulación significativa, a todo ordenamiento en un discurso, en disyunción con la estructura del lenguaje.

La escritura en la palabra, escritura del Inconsciente.

En la enseñanza lacaniana, el aparato de *lalengua* viene a designar, como decíamos, a la palabra primigenia, aquella que preexiste a la estructura discursiva del lenguaje.

Ahora bien, ¿de qué materia se compondrá eso que conocemos como *lalengua*? Si anteriormente ubicamos que el significante es la enunciación que se deja oír en lo que se dice, con ello apuntamos, sin decirlo, al fonema, al sistema de fonemas que constituyen lo que llamamos *lalengua*. En una analogía, Lacan compara el sistema fonemático de *lalengua* al conjunto de caracteres de la imprenta, las llamadas letras de molde, que en su época se armaban con pequeñas piezas de plomo. Lo que dice es que los fonemas anticipan en la palabra, como las letras de molde, a la impresión. De alguna manera pareciera que estos elementos tan centrales en el habla misma, estaban contenidos ya, con antelación, en los caracteres de la imprenta. Estos caracteres equivalen para Lacan a lo que llamamos la letra, es decir, la estructura esencialmente localizada del significante (Miller, J. A., 2012, p.126).

La letra, entonces, es lo que asume la forma material del significante. Materialidad que a su vez se compone de cada una de las partículas fonemáticas de las palabras que, en su acceso al lenguaje, han sido captadas y grabadas en el ser hablante y que constituyen sus sonidos, los sonidos de *lalengua* con la que se le ha hablado desde los primeros tiempos. Luego, a posteriori se incorporarán los significados. Pero en un comienzo son los sonidos, la música de *lalengue*, la que atraviesa al ser hablante, inscribiéndose como letra.

Lalengua se configura entonces como un sistema de letras, una estructura fonemática y literante, tal como lo dice Lacan en los *Escritos I* (1966). Lo literal de la letra misma, ejemplificado en las letras de molde, se encuentra desprendido de la significación que adquiere cuando se combina en monemas, (es decir, la unidad mínima aislable en una lengua que reúne forma -fonemas- y significación). La letra es cada uno de esos fonemas desligados de la significación. Su rasgo de literalidad es el significante (Miller, J. A., 2012, p.126).

De igual modo, la letra es el soporte material de lo que el Inconsciente escribe como equívocos, lapsus, repeticiones, etc., producciones de *lalangue* que se hacen presente en el despliegue discursivo del sujeto. Traspies del habla que Freud mismo, ya en su época, identificaba como parte de lo que denominó como *psicopatología de la vida cotidiana*, y que puede ilustrarse con sus famosos escritos “Olvido de palabras extranjeras” u “Olvido de frases y nombres” (1900- 1901), por dar algunos ejemplos. Lo que allí se escribe, no es más que el trazo de una letra propia y singular que representa al sujeto que la porta.

El Inconsciente, entonces, produce sus propias escrituras, que pueden ser leídas en las llamadas formaciones del Inconsciente. Se constituye así en un lenguaje, que en medio de su decir, produce su propio escrito. (Lacan, J., 1971, p.82). Más allá de toda voluntad, más allá de toda intencionalidad del yo, cada uno de esos tropiezos son la emergencia de las letras del sujeto, marcas de goce, que irrumpen en su discurso.

Lo mismo ocurre en el caso del sueño. Las imágenes que el sueño produce carecen de significado en sí mismas, pero ponen a jugar algo de lo simbólico en la medida en que se ofrecen a la búsqueda del sentido, a una lectura posible. Ello supone que haya, necesariamente, estructura de lenguaje: “*La letra es algo que se lee. (...) Se lee, y literalmente*” (Lacan, J. 1972-1973, p. 38). Las imágenes del sueño son otro ejemplo de lo que llamamos la escritura de la letra, y esto nos permite afirmar con Lacan que cuando se trata del Inconsciente, estamos en el campo de la escritura (Miller, J. A., 2012, p. 127). Escritura que es siempre

jeroglífica, en la medida en que se ofrece al recorte de las letras que la operación de lectura habilita. El sentido dependerá, entonces, de esta operación.

El Psicoanálisis, como sabemos, lee en lo que se dice, lo cual supone ya una transmutación de la palabra, en tanto esta es justamente aquello donde no se lee lo que se dice. La palabra lleva la marca de lo imposible de decir, evoca un más allá del sentido sexual, es decir, la inexistencia de dicha relación. Hacia allí apunta la interpretación lacaniana en el análisis: hacia la revelación de la palabra, que no es el mero desciframiento de un mensaje oculto, tal como lo planteaba Freud, sino lectura de lo que está más allá de la represión (Miller, J.A., 2018, pp.24-25).

Descubrimos entonces el valor de la resonancia en la palabra, propiedad del significante que logra hacer escuchar allí donde no dice. Es lo que nos muestra Miller cuando postula que habrá mayor “significancia”, cuanto más el significante se mantenga separado de su valor de significación. A ese *plus signifiante* lo denomina efecto poético, insistencia de la letra, que se hace audible para quien la sabe escuchar como tal (Miller, J. A., 2012, p.134)

Así, vemos desprenderse una función otra de la palabra, que ya no tiene que ver con la comunicación dirigida al Otro del lenguaje, y que se revela en este *plus signifiante*. Algo del orden del exceso, en lo que se puede pesquisar la entrada del goce. *La lengua* alcanza otra finalidad y es que la palabra, el significante suelto, vehiculiza goce.

El goce en la palabra

Ahora bien, si letra y significante no son en esencia lo mismo, válida es entonces la pregunta por el estatuto de la letra. ¿Qué lugar tiene la letra, si es posible situarla en un lugar? Veremos de qué modo esta se ubica más bien en un “*entre*”, en esa zona del habla “*intermedia*”, podríamos decir, en tanto en ella están concernidos significante y goce.

En el artículo titulado con el juego de palabras “Lituraterre” (1971), publicado por una revista francesa de su época de clara raigambre surrealista, Lacan hace un esfuerzo de formalización para diferenciar letra de significante. Allí, postula que la letra conlleva al significante, convirtiéndose éste en un indicial de aquella (para quien la sepa leer).

Lo dice trazando una analogía con el cuento de Edgar Allan Poe (1809-1849), “La carta robada”, sobre el que ya había trabajado en oportunidad de un seminario que fuera publicado en sus *Escritos I* (1966). Lo que pone en evidencia la *lettre* (“carta” y “letra” en francés) en cuestión es los efectos que produce en los personajes del cuento aún ignorando el contenido del mensaje de la misma, en tanto atañe a la posición subjetiva que cada uno adopta a partir de que la carta comienza a circular entre ellos (Lacan, J., 1971, p.7). Esta letra-carta se presentifica en su carácter de objeto, en su materialidad, y pone en marcha una investigación. La cuestión es, justamente, localizarla, y es en lo que radica todo el desarrollo del cuento. Finalmente, la carta aparece, se hace presente al cabo de su recorrido simbólico, no sin antes haber circulado de un lugar a otro, de una a otra posición discursiva podríamos decir. Y es que, como ocurre en todo discurso, después de cumplir su función de mensaje, la *lettre* pasa a ser *litter*, desecho, tal como lo propone la homofonía joyceana. Es el resto de la operación significante del mensaje. Al final del recorrido, el significante y la carta-letra no se confunden (Paskvan, E., 2014). La letra se presenta así como localización en el litoral entre saber y goce.

Tenemos entonces un límite trazado por la letra, que reúne dominios distintos. Entre el goce y el saber, la letra constituiría el litoral. Es lo que Lacan plantea ya en el mismo artículo: “La letra ¿no es ella... litoral, más propiamente, o sea figurando que un dominio enteramente constituya para el otro frontera, porque son extranjeros, hasta no ser recíprocos?” (Lacan, J., 1971, p. 10). Ofrece así una precisión que nos orienta en su ubicación: la letra en el Inconsciente no haría frontera, sino litoral, puesto que se constituye como borde entre campos pertenecientes a dominios completamente heterogéneos, que a priori no guardan relación uno con otro, que no son recíprocos. No se trata de una mera división de límites entre territorios

atravesables. La letra es lo literal (ya que se lee al *pie de la letra*, como diríamos) que se funda en el litoral dibujado entre el campo del saber, ligado al sentido, y el campo del goce, es decir, de lo real (Lacan, J.,1971, p.109).

Continuando con las analogías, Lacan ilustra aún más la distinción entre el significante que es semblante y la letra que no lo es, cuando describe lo que ve desde el avión, sobrevolando la llanura siberiana, en su regreso a Japón. Sitúa en las nubes lo que es semblante y dice que lo que se precipita de esa materia en suspensión, lo que resultaría de su ruptura, sería la letra. De ellas, de la ruptura del semblante, llueve significado y goce que erosiona y se acumula. Lo observa también al respecto de la pintura japonesa, los llamados *makémonos*, donde encuentra la misma función en las nubes que tapan, en su amontonamiento, parte de las escenas del mundo (Lacan, J., 1971, p. 113). El mundo allí, como ese fondo de goce, “hecho de pulsiones” dice Lacan, que el semblante permite ocultar. Así se distinguen dos dimensiones diferentes, lo que es semblante y lo que señala la letra en tanto ruptura, tachadura. Cuando se rompe un semblante, el goce de la letra que se desprende de aquel, se presenta en lo real como erosión, desgranando lo que producía forma, lo que era sentido: *“De aquí que la escritura pueda considerarse en lo real la erosión del significado, es decir, lo que llovió del semblante en la medida en que esto es lo que constituye el significado. La escritura no calca el significante.”* (Lacan, J. 1971, p. 114).

Con ello, ubica a la letra en un lugar secundario y no primario respecto al significante. La letra es cada una de esas gotas que derrama el significante en su ruptura. Por eso, la letra no imprime al significante, no es calco de aquel, sino consecuencia del lenguaje. Se presenta aquí como efecto, como marca (Lacan, J. 1971, p.109). El trazo de la letra en el inconsciente son justamente las marcas que el goce ha dejado en el sujeto. Y ello es precisamente lo que podemos saber de él, a través de la letra.

Quedan delimitados dos tiempos con los que la marca se produce y la cuestión, nos dice Lacan, es distinguir la tachadura cubierta entre las nubes del significante. Tachadura de

goce que deja huella, allí donde no había huellas previas y que en lo singular de su inscripción distingue al sujeto, produciendo a su vez la borradura del rasgo unario. Es lo que Lacan señala cuando dice que la letra hace tierra del litoral, en tanto marca de un goce que en su escritura hace subsistir al sujeto (Lacan, J., 1971, p. 112).

Con la noción de litoral, el lugar del goce surge como agujero en el sentido, designa el borde del agujero en el saber. Más adelante, a la altura del *Seminario XX*, hablará de *la verdad* para referirse al goce que se presenta haciendo de límite al saber, en la medida en que no puede ser toda dicha ni confesada a la manera de las pretensiones propias del testimonio jurídico o de la confesión cristiana. El goce, nos dice Lacan, sólo puede ser interpelado, evocado o elaborado a partir de un semblante (Lacan, J., 1973, p.112). Bordeando ese límite del goce inasible más que a través de un semblante vemos el punto de encuentro de lo real con lo simbólico. La vía regia de acceso a lo inaccesible de la verdad (que por lo mismo solo puede ser medio dicha), es el saber. Y este saber se sostiene en el significante, lo que equivale a decir que el saber está en el Otro, y desde allí es que podemos conocer algo del goce que habita en el sujeto. Es lo que ocurre en el análisis, cuando el analista se ubica haciendo semblante de *a*, es decir, cuando pone al *objeto a* en el lugar del saber para interrogar desde allí, como saber, lo tocante a la verdad.

Ahora bien, sabemos por Freud, que en el sujeto, hay un saber no sabido sobre su padecer, vale decir, sobre su goce, que se le imputa al Inconsciente y que sostiene la repetición sintomática. A pesar de ello, es cierto que los sujetos no saben todo. Ese no-todo está dado por esa parte del saber que nos viene del Otro, vía el lenguaje. Es la marca del significante que inaugura cierta lógica de Incompletud y demanda de un saber supuesto al Otro. El lugar del ser está allí para Lacan, desde el cual se vehiculiza la letra (Lacan, J., 1973, pp. 118-119).

Tenemos entonces, aun en el litoral, las dos caras de la moneda. Saber y goce, entrelazados necesariamente, bordean cada uno el agujero del otro en cierta lógica borromea. Así, el dominio de lo real accede a lo simbólico que, como ya hemos visto, pasa a ser situado

en relación al goce, con quien guarda una relación primitiva y original que involucra necesariamente al cuerpo. Los efectos de su escritura en el cuerpo, será el tema del siguiente apartado.

La palabra sobre el cuerpo

Por las vías del significante, la palabra proviene del Otro del lenguaje e impacta en el cuerpo, dejando impresas las marcas de un goce siempre en desborde. Sobre este circuito hemos ido haciendo distintas aproximaciones en los apartados anteriores. Ahora la cuestión insta a dar un paso más en el intento de ubicar los efectos que ese impacto produce sobre lo que Lacan denomina el cuerpo del *parletre*. ¿Cómo afecta la palabra sobre el cuerpo? ¿Qué son los afectos? ¿En qué medida comprometen al cuerpo del *hablante-ser*? Preguntas que vale hacerse a la hora de pensar no solo en las inscripciones que trazan las violencias sobre los cuerpos, sino también en la posibilidad de otras escrituras menos parasitarias y alienantes de un goce mortífero para el sujeto portador de aquellas letras.

En primer lugar, hablar del afecto supone hablar del *parletre*, no del sujeto en su relación con los significantes, sino con el cuerpo. No se trata de la concepción de cuerpo que tenía Freud en su época, relativo a la conversión histérica que hacía interpretable y descifrable al síntoma de la histérica “haciendo hablar al cuerpo”, escenario de su padecimiento, de aquello sobre lo que nada quiere saber. Tampoco de la experiencia de cuerpo fragmentado propio de la esquizofrenia, donde podría pensarse al cuerpo separado, no afectado, sobre todo si suponemos al afecto como la relación particular de un sujeto y su cuerpo (Brodsky, G., 2020, p. 12).

Para Lacan, el afecto se juega en la relación entre algo que afecta y lo afectado. Es decir, que el afecto es más bien un efecto; efecto de *lalengua* sobre el cuerpo vivo. Dicho efecto

es lo que distingue al cuerpo del ser hablante del animal. Lo que produce el nacimiento del *parletre*, es que el goce primario, natural, “innato” podríamos decir del cuerpo viviente, es trastocado por la temprana incidencia de la palabra del Otro, por el significante proveniente de la lengua materna que, desde los primeros tiempos de la vida, ha dejado su marca desviando para siempre el goce natural del cuerpo por un goce que no haría falta. El resultado de este exceso, de este plus de goce proveniente del Otro, es el traumatismo en el cuerpo vía la palabra, que da lugar a un acontecimiento único: el anudamiento entre el cuerpo y *lalengua*, es decir, el nacimiento de la pulsión en el cuerpo del *parletre* (Miller, J. A., 2011).

Para el ser hablante, es el efecto de la entrada del lenguaje en el cuerpo el que crea el campo de los afectos, efecto que a la vez induce goce. Al mismo tiempo que lo humaniza, la palabra afecta provocando un exceso de Simbólico sobre lo real del cuerpo, en tanto no hay nominación posible capaz de nombrar ese plus que el afecto comporta.

A la altura de “Televisión” (1973), Lacan designará a los afectos como las “pasiones del alma”, extrayendo el término del campo de la Filosofía para referirse justamente al efecto del significante como plus, como “pasión del significante”, aquello que se desliza por debajo de lo que se inscribe como marca en el cuerpo. Como es evidente, no se trata aquí de la pasión del entusiasmo, como diríamos, sino más bien de aquella que se padece, es decir, que se goza. En síntesis, el afecto es efecto del significante en el cuerpo y es el significante lo que se padece (Brodsky, G., 2020, p.19).

Existe a su vez otra línea en la lectura de la enseñanza de Lacan para pensar también los efectos de cuerpo que la palabra engendra y que conocemos bien: las palabras que producen risa, que nos ponen piel de gallina o que nos provocan el llanto. Todo ello involucra al cuerpo, se vive en carne propia, podríamos decir, y atañe a lo que Lacan denominó en su última enseñanza como resonancia. Es decir, el fenómeno a partir del cual un cuerpo es capaz de vibrar.

A través de sus orificios, entre los cuales se destaca la oreja por su imposibilidad de cerrarse, de taponarse, ingresa el sonido objeto voz que al interior del cuerpo produce la resonancia con la que el cuerpo responde (Lacan, J., 2006, p.18).

Cuando en el *Seminario XXIII* (1975-1976) Lacan define a la pulsión como el eco de un decir en el cuerpo, nos está indicando que hay un decir corporizado que “habla” en él (a través de los síntomas y de los afectos), y que al hacerlo goza. Las palabras significan en el cuerpo, en esa operación hacen su eco, resuenan por las vías de la pulsión y es por eso que un cuerpo es aquello que se goza. La pulsión no es más que el testimonio de lo que el cuerpo lleva como escritura, las palabras del Otro que nos habitan haciendo del cuerpo del ser hablante la sede de un goce.

La violencia, decíamos al comienzo de este trabajo, no es la palabra, no hace la palabra, sin embargo circula como goce a través de ella y se escribe como letra sobre los cuerpos con las consecuencias que ello comporta. ¿Cómo pensar un sujeto capaz de trazar otras escrituras cuando se soportan y/o se actúan las marcas de la violencia?

Hacia las conclusiones

La escritura como operación subjetivante

Llegamos aquí con un interrogante formulado en los comienzos de este trabajo pero que continúa abierto aún: qué posibilidades tiene la escritura para el tratamiento del goce que impera en las presentaciones violentas propias de nuestra época. Época que, tal como fue desarrollado en los apartados anteriores, aparece signada por la caída de los grandes ideales y semblantes que operan la ley del Padre, dando lugar a toda una serie de fenómenos violentos que se presentan de forma cada vez más cruda y frecuente en el lazo social. Frente a ello, la eficacia simbólica de la palabra, capaz de mediatizar la relación con el otro, pareciera estar perdida o debilitada.

Las escrituras desplegadas por los participantes del taller en el que tuve la posibilidad de hacer un recorrido y una experiencia como extensionista, daban cuenta de dicho fenómeno. Una sumatoria de relatos narran tanto la historia de la violencia sufrida (como marcas del exceso del Otro), así como también aquellas escenas en las que se podía leer al mismo sujeto, tiempo después, repitiendo en acto sus propias marcas de manera compulsiva y, por lo mismo, fallida en la medida en que no lograban inscripción simbólica alguna.

En una primera aproximación a dichas escrituras, podríamos pensar que la letra se presenta allí fundamentalmente en su faceta de “lo ya escrito”, con su rasgo de fijeza e inflexibilidad, tiñendo el texto de cierto sesgo mortífero y alienante para el sujeto en su relación al deseo. Esta escritura es la que el sujeto padece en tanto se trata de una escritura no elegida, no trazada por él en sus propios términos, sino que se presenta como modalidad de goce o como respuesta al goce del Otro. Por el contrario, el sujeto es el portador de esa letra coagulada, de ese goce podrido, no ligado a la palabra, que luego actúa de modo violento.

Sin embargo, si entendemos que la letra es la escritura de goce que lo ubica en el marco del taller, es posible hacer otra lectura de aquellas escrituras. La escritura de

acontecimientos en el sujeto le permiten ya un tratamiento del exceso que se presenta en forma de violencia al otro. La escritura en el taller funciona entonces como una instancia valiosa, capaz de instalar una diferencia: no es lo mismo actuar la violencia, que poder escribir sobre ella. Apostar al uso de la palabra articulada a la escritura es una orientación para el tratamiento del goce, y se constituye aquí en una vía posible para el restablecimiento de la subjetividad arrasada por él.

En este sentido, que el sujeto pueda escribir sobre sus marcas de goce, en vez de actuarlas, abre ya la posibilidad de otro tiempo para él. Tiempo de comprender, de desandar lo que fue escrito en otro tiempo para propiciar una nueva escritura. El tiempo para la escritura funciona así interponiendo un primer corte, una pausa que interviene haciendo de límite al goce voraz que amenaza al sujeto. En el cada vez de la escritura subyace entonces la oportunidad de experimentar el alivio de la castración, el cese del mal gozar. Frente a lo Real que no cesa de no escribirse, se abre paso a lo posible: lo que cesa de escribirse como goce, cada vez que se escribe.

La dimensión del tiempo es subsidiaria de otra operación fundamental, sin la cual las escrituras producidas por sus escritores habrían perdido su brillo, su valor, cayendo así al fondo de los desperdicios. La lectura analítica se erige entonces como la instancia capaz de intervenir produciendo una novedad: que otra cosa pueda escribirse allí donde fue escrito. Por la vía del equívoco, la lectura introduce una significación otra a la ya existente, duplicándola, y abriendo allí un enigma frente a la letra de goce que ha fijado al sujeto. Equivocando el sentido, es como el texto del sujeto se va puntuando, es intervenido por quien está operando allí la lectura, tal como lo haría el analista en el análisis. El texto se reformatea, ya no es el mismo, en tanto al leer se reescribe.

Esta vez la escritura quedará a cuenta propia del sujeto, quien podrá trazar sus propias escrituras, borrando así las huellas que otros dejaron en él. Otra versión de aquella historia

escrita se pondrá a jugar allí. Una versión nueva, que ya no signifique solamente los significantes letales que lo han habitado.

La escritura encuentra así su potencialidad para producir un movimiento subjetivo, en la medida en que haya un otro disponible para leer aquellas letras, y ser capaz de prestar su escucha más allá de lo que dice, abriendo camino hacia un nuevo decir.

No se trata entonces de negar el goce, constitutivo además para el sujeto, ni tampoco de caer en la impotencia que produce el encuentro con lo Real en su versión más cruenta, sino de apostar por la escritura como operación que permita deshacer por la palabra lo que fue hecho en la palabra, orientación que enseña Lacan en sus últimos Seminarios. Situar lo escrito en la vertiente de la propia enunciación del sujeto, es la dirección que la lectura analítica oficiará, restituyéndole en cierta medida su dignidad y capacidad deseante.

Arribamos entonces a una apuesta que constata la vigencia y renueva la potencialidad del Psicoanálisis como brújula para el tratamiento del goce en la época, haciendo pasar aquellos trozos de Real desarticulados a la "lectoescritura", esto es, a la palabra. Escuchar/leer lo que se escribe es borrar huella del paso del Otro para que advenga el trazo del sujeto. Borrada esa huella, habrá lugar para nuevas escrituras en las vías de lo posible.

Bibliografía

- Bracco, A., Garbet, A., Soliani, A., Zanghellini, M. L., & Sánchez, M. (2018). Acerca del fenómeno de la violencia: ¿Cómo lee un analista? En E. Suarez & A. Garbet (coord.), *La clínica y sus debates actuales* (pp. 44-52). La Plata: Edulp.
- Brodsky, G. (2015). Conferencia pública de Graciela Brodsky en México. "Mi cuerpo y yo". https://radiolacan.com/es/topic/589/8?fbclid=IwAR0iQslzxfejxYD-cW9mEZU1dtyoxWlzat3r-_dlvHIL8F-azK7gwIC8Ap8
- Brodsky, G. (2020) *Cuerpos afectados*. En *Pasiones lacanianas* (pp. 7-20). Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Freud, S. (1916) Conferencia 23: Los caminos de la formación de síntoma. En J.L Etcheverry (Trad) *Obras completas: Sigmund Freud* (vol.16). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925) Inhibición, síntoma y angustia. En J.L Etcheverry (Trad) *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 20), Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1948). La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 107-128). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I* (pp. 99- 105). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1950). Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología. En *Escritos I* (pp. 129-150). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1971) *Lituraterre*. *Revista Littérature*, Vol. N°3, pp. 1-32. Recuperado de: [\[https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Lacan-Lituraterra-1971-bilingue.pdf\]](https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Lacan-Lituraterra-1971-bilingue.pdf)
- Lacan, J. (1971) Clase sobre *Lituraterra*. En *El Seminario, Libro XVIII, De un discurso que no fuera del semblante* (pp.105-118). Buenos Aires: Editorial Paidós.

- Lacan, J. (1972-1973). La función de lo escrito. En *El Seminario, Libro XX, Aún* (pp. 37-49). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1972-1973). El saber y la verdad. En *El Seminario, Libro XX, Aún* (pp. 109-125). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1975-1976). Del uso lógico del *sinthome*, o Freud con Joyce. En *El Seminario, Libro XXIII, El Sinthome* (pp. 11-26). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Miller, J. A. (2000) Los seis paradigmas del goce. En *El lenguaje, aparato del goce* (pp.141-180). Buenos Aires: Colección
- Miller, J. A. (2008) Síntoma y pulsión. En *El partenaire síntoma* (pp. 73-92). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Miller, J. A. (18 de julio de 2011) Leer un síntoma. *Blog AMP*.
<http://ampblog2006.blogspot.com/search?q=leer+un+sintoma>
- Miller, J. A. (2012) El escrito en la palabra. En *La fuga del sentido* (pp. 119-138). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Miller, J. A. (2018). La palabra que hiera. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, vol. n°25, pp. 23-26.
- Morao, M. (2018). El acto violento y el cuerpo del Otro. *Revista Virtualia*, vol. n°35, pp. 59-61.
<http://www.revistavirtualia.com/storage/ediciones/pdf/IN5hv7Az0I07sRIMLYHpEsbzS5BAJJRb0klOhmZy.pdf>
- Paskvan, E. (2014). El lugar de la letra. *Revista Freudiana*, vol. n°70.
<https://freudiana.com/el-lugar-de-la-letra/>
- Solimano, M. L. (2017). Del síntoma metáfora al acontecimiento de cuerpo. *Revista Virtualia*, 33, 60-61.
<http://www.revistavirtualia.com/storage/ediciones/pdf/957qhMgi2K8cd5a1NpfhLZhTNpBqaqLHG81rNg9X.pdf>

Veken, C. (2015). De un discurso que no fuese semblante (1971). En Safouan, M. (Dror.). *Lacanian II: Los seminarios de Jacques Lacan (1964-1979)* (pp.189-210). Buenos Aires: Paidós.